

BERTA

(con el acento de la desesperacion.)

¡ Horrible trance!

Señor, amparo me da.

(La chapa se rompe ; Berta cae al empuje de la puerta.)

XIII

BERTA, MUÑOZ, SOLDADOS.

MUÑOZ

*(recorre con la vista rápidamente la escena, y exclama des-
pechado.)*

¡ Se han ido!....

*(Saca violentamente de su cintura un puñal, y hiere á Berta,
que hincada abraza sus rodillas.)*

Muere....

BERTA

(cayendo exánime.)

¡ Dios mio!...

MUÑOZ

(yéndose por la puerta del fondo, seguido de la guardia.)

Sigamos á los demas.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA

Nunca la sombra vil vieron del miedo.

CALDERON : *El sitio de Bredá.*

*(Sala pobre en una casa de la calle de los rebeldes, junto al
colegio de San Juan de Letran. Una puerta á la izquierda de
los actores, otra en el fondo ; á la derecha una ventana con
celosías ; sillas toscas de madera labrada. — Noche. — En esta
jornada aparecen vestidos de luto Sotelo, Celestina y Núñez.)*

I

CELESTINA.

*Aparece sentada, y como hundida en una profunda afliccion ;
sus ojos estarán aún húmedos con el llanto.)*

¡ Muerta!.... ¡ muerta sin piedad!

Resonaron sus gemidos
Á la par que los bramidos
De la horrible tempestad...

Oh noche de atrocidad,
Para el crimen abortada,
Y con sangre señalada!....

Noche fatal y siniestra,
¿ Por qué del Señor la diestra
No te sepultó en la nada?

Caminabas entre flores,
Oh niña inocente y pura,
Gozando de la hermosura
De sus variados colores :
Sus apacibles olores

Tus sentidos confundieron,
Y tus ojos no advirtieron
Que bajo tapiz tan pulcro
Se ocultaba hondo sepulcro
Donde tus plantas se hundieron.

Quizá al morir pronunciaste
Mi nombre en voz apagada,
Y trémula, ensangrentada,
Quizá ansiosa me buscaste.
Oh niña, que tanto amaste
Á esta infelice mujer,
No me queda ni el placer
De hincarme en tu sepultura,
Y sobre la losa dura
Una lágrima verter.

(Silencio.)

Dentro tu seno fecundo,
Madre comun, tierra fria,
¿ Cuándo de la suerte impía
Me alejarás, y del mundo?
Contra el hado furibundo
Sólo la tierra es el puerto :
Allí sosegado, muerto,
Halla el hombre su fortuna. —
La más delicada cuna
Seria el sepulcro yerto !
Desde hoy más, cuando levante
Su faz la pálida luna,
Verá rodar una á una
Lágrimas por mi semblante ;
Y vagando delirante
Entre amargura y dolor,
De mi labio sin color
Tristes gemidos saldrán,
Y mis quejas se alzarán
Hasta el trono del Señor

II

CELESTINA, NÚÑEZ.

(Núñez aparece por el fondo, con los brazos cruzados y muy pensativo.)

CELESTINA

(levantándose.)

¿ Ya estais aquí, Gonzalo?
¿ Dónde dejásteis á mi amado esposo?
¿ Por que sin él os veo?
No sois, á la verdad, muy cuidadoso :
No habeis cumplido bien con mi deseo :

NÚÑEZ

Nada temais, señora ;
La vida de Sotelo está segura.

CELESTINA

¿ Adónde se halla ahora ?

NÚÑEZ

De sombría tristura
Su varonil semblante oscurecido,
Vaga inquieto, afanoso, convocando
Á todos sus amigos, que anhelando
Dar al déspota muerte,
Ya preparan el hierro enmohecido.
Aquí deben venir, este es el punto
Que para su reunion han elegido.

CELESTINA

¿Cuál será nuestra suerte
Si Muñoz lo sorprende, Dios eterno ?

NÚÑEZ

No hay nada que temer : os lo aseguro.
Esta casa infeliz donde habitaron
Los que indefenso al mundo me arrojaron,
No es conocida del tirano impuro.

Contiguo está Letran : por él la puerta
Para escapar tendríamos,
En el instante mismo que observemos
Que esta mansion ha sido descubierta.

CELESTINA

¿ Y qué necesidad, Núñez, habia
De tal conjuracion? — ¡ Murió mi Berta!...
Dejar este país mejor seria.

NÚÑEZ

Dejarlo, sí... ¡ Dejarlo!... Yo el primero
Me alejaré del suelo mejicano...
Pero ántes en el pecho del tirano
Mil y mil veces hundiré el acero.
Deste país de execracion, de muerte,
Partir será forzoso, sí, forzoso!...
— Tierra de maldicion, ¡ oh cuán dichoso
Seré cuando consiga ya no verte!
— Cien veces pude ahogar entre mis brazos
Al déspota Muñoz; de rabia lleno
Pude haber arracando de su seno
Las pérfidas entrañas á pedazos.
Pude beber su sangre emponzoñada
Para calmar la rabia de mi pecho;
Pude bajo mis piés verle deshecho
Al rudo golpe de mi dura espada!
¿ Por qué no lo hice?... ¡ imbécil! ¡ miserable!
No padeciera, no, cual hoy padezco.
El cielo me castiga : lo merezco :
Fuí de Muñoz esclavo despreciable.
Pero aún es tiempo, es tiempo todavía;
Sonará presto de su muerte la hora.
Mañana al relucir la dulce aurora,
Le verá presa de la tumba fria!
¡ Cómo se alza en mi pecho la esperanza!
¡ La esperanza! de Dios rayo luciente...
¡ Ah! cómo se alza en mi agitada mente
Devorador deseo de venganza!

El hombre débil que la frente humilla
Bajo el látigo infame de un tirano,
Merece que de un vil la torpe mano
Imprima la deshonra en su mejilla.

CELESTINA

Callad, por compasion. Furor insano
Agita vuestro seno proceloso.
¿ Sangre quereis verter? ¿ quereis venganza?
¿ Qué espíritu maligno,
Qué irresistible signo,
Á difundir el exterminio os lanza?
Sois poco generoso :
Esas ideas desechad al punto
De vuestra fantasia ;
No al precipicio oscuro y escabroso
Como niño sin guia,
Os dejen arrastrar....

NÚÑEZ

Es imposible.

CELESTINA

¿ Imposible? ¿ por qué? ¿ No son bastantes
Las penas todavía
Que nos hace sufrir la suerte impía?

NÚÑEZ

Escuchadme, señora,
Y me disculparéis. — Huérfano y pobre
En el mundo vivia ;
Y en medio á mi dolor me figuraba
Que Dios me rechazaba
Y lleno de furor me maldecia.
Para mí no sonaba
La voz consoladora
De la amistad, que tanto apetecia ;
Pues ni á vos ni á Sotelo conocia,
Que sois mi alivio, mi esperanza ahora.

CELESTINA

¿ Qué hablais?.....

NÚÑEZ

Pura verdad. ¿Quereis que calle?....

Quereis que dentro el ama
En despreciable calma
El grato bien reciba
Que me alarga una mano compasiva ?
— Os dije que era huérfano, señora,
Sin amparo ni abrigo,
Sin apoyo ni amigo:
Solo, como en el árido desierto
La palma vividora,
Necesitaba un ángel inocente
Que fuera mi consuelo, mi tesoro,
Que con sus manos cándidas mi lloro
Enjugara clemente.
Que llenara el vacío de mi pecho,
Que ocupara mi ardiente fantasía,
Que al corazón volviese la alegría,
Del mortal á despecho,
Y que, con sus caricias deliciosas,
Su dulce voz y su mirar amante,
Pudiera disipar de mi semblante
Las nubes tenebrosas.
Encontré esta mujer: bella, sensible,
Tierna, sencilla, pura.....
Era un niño inocente,
Era aurora luciente,
Destello del Señor era apacible.
No hubiera yo trocado una caverna
Por un trono en el sol, sin ella al lado :
Y un infame, un malvado
Me la arrebató todavía tierna !.....
— ¡ Oh mi Berta infeliz! si desde el cielo,
Donde debes estar, ves á tu amante,
Dale fuerzas, protégele: su mano
Rasgará el pecho al que te dió la muerte,
Y ahora la cabeza alza triunfante.

— Si verdinegra sierpe venenosa
Relazara mi cuello y le oprimiera,
Y con filosos dientes, rencorosa
Mi triste pecho sin cesar rompiera ;
Ningun esfuerzo hiciera
Por arrancarla, y firme sufriria
El amargo dolor y la agonía :
Pero con tal de que ávidos miraran,
Saltando de sus órbitas mis ojos,
De Muñoz desgarrados los despojos,
Y en su sangre mis miembros se bañaran.

CELESTINA

Esa sed de venganza, al precipicio
Os arrastra veloz. — Tambien yo amaba,
Tambien yo idolatraba
Á la mujer que lamentamos muerta,
Á la infelice, malograda Berta.
Pero yo alivio mi dolor llorando
Su acerba desventura,
Su muerte prematura ;
Y al Dios eterno con fervor rogando,
Conseguiré algun dia
Que de la suerte impía,
Que feroz nos persigue,
El bárbaro rigor al fin mitigue.

NÚÑEZ

Para llorar el infortunio adverso
Creó el Señor á la mujer sensible,
Y es formado su labio
Para calmar al Dios del universo :
Empero contra un déspota temible
Que agravio sobre agravio
Al mortal infelice hace perverso,
De fuerza debe armar el hombre su alma
Para adquirir la palma
Á la constancia y al honor debida:
No consuma su vida

En impotente y vergonzosa calma.

CELESTINA

Si la mujer criada
Fué para orar, para llorar tan sólo,
Es ciertamente bien desventurada ;
Ver en peligro lo que más adora
Después del Dios eterno,
¡ Y no poder volar á defenderle,
No poder, si le hieren, socorrerle,
Y sentir los martirios del infierno !
— ¡ Oh dolor sempiterno,
Que el corazón me rompes furibundo !
¿ Cuándo me alejarás de aqueste mundo ?

NÚÑEZ

¡ Infeliz Celestina !
¡ Oh cuánto vuestra suerte compadezco !
¡ Cuánto al veros padezco !....
¿ Por qué la ira divina
Su furor ceba en la mujer hermosa ?....

(Pasos dentro, hácia el fondo.)

CELESTINA

Núñez, ¿ oís?... ¿ oís?... Alguien se acerca...
En esta noche negra y pavorosa
Mucho temer debemos.

(Núñez se asoma por la puerta del fondo.)

NÚÑEZ

Por fin llegó.

CELESTINA

¿ Quién es? Hablad, Gonzalo,
Tiemblo..... ¿ Quién es ?

NÚÑEZ

Don Baltasar.

SOTELO

(entrando por el fondo.)

¡ Esposa !

III

CELESTINA, NÚÑEZ, SOTELO

CELESTINA

Baltasar, ¡ cuánto tardabas !
Dolores, penas agudas,
Atormentaban mi pecho
En encarnizadas luchas.
Ya me figuraba verte
Entre las garras impuras
De la fiera sanguinaria
Que nos persigue iracunda ;
Mas no es así, no ; ¡ qué dicha !
¡ Qué incomparable fortuna !
Te estoy mirando á mi lado,
Junto de mí estás, no hay duda.

SOTELO

Sí, Celestina adorada,
Contigo estoy, y se funda
Mi felicidad en verte,
En contemplar tu hermosura,
En escuchar arrobado
Las palabras que pronuncias.
Mas presto debo dejarte :
Ya mis amigos empuñan
Las espadas, que al tirano
Sepultarán en la tumba.
Yo sus almas he movido :
Lo debí hacer, que ya es mucha
Esta servidumbre infame
Que nos consume y abruma.
Basta ya de sufrimientos,
De humillaciones injustas,
Que envilecen nuestras almas

Y el corazon nos enlutan.
Aquí mis amigos todos,
Llenos de fuerza y bravura,
Se reunirán esta noche
Á la secreta consulta.
— Velad á la puerta, Núñez,
Y esperad los de la junta:
Ya sabeis la contraseña.

NÚÑEZ

(yéndose por la puerta del fondo.)

Sí, señor.

IV

CELESTINA, SOTELO

SOTELO

Calma tu angustia.

CELESTINA

Teme una desgracia, esposo,
Y mis consejos escucha.
No á tu perdicion te arrojes
Con desordenada furia,
Que no sólo tú perezas,
Sino tambien..... ¡Ah! cuál turba
Mi mente triste presagio
Que mis ideas ofusca.
Miseria, muerte, exterminio
Estoy mirando circundan
Á Méjico desolada,
Y ya fieros la aseguran.

SOTELO

¿ Por qué, Celestina mia,
El corazon te atribulas
Representándote escenas

De sangre, horror, amargura?
¿ Por qué con afan molesto
Empeñada siempre buscas
El modo de atormentarte
Con imágenes que asustan
Tu corazon, y que están
De toda verdad desnudas?
Está preparado el golpe:
Nuestra victoria es segura.
¿ Qué temes? Presto al tirano
Verás débil, sin ayuda,
Pálido, sin voz ni aliento,
La faz llorosa y confusa,
Pedir perdon prosternado
Á los que hoy altivo burla,
Á los que inhumano ahora
En subterráneos sepulta.

CELESTINA

Y si la desgracia nuestra
Hace que triste sucumbas
Bajo su poder inmenso,
¿ Qué será de mí?... ¿ Te turbas?

SOTELO

Nada temas: un hermano
Me concede la fortuna;
Será tu apoyo y defensa,
Y del Estado columna;
Sabrá vengarme valiente,
Yendo de Muñoz en busca;
Sabrá arrancar de sus garras
Al pueblo, que atroz subyuga.
Mi hermano es Diego Sotelo:
Tú conoces su bravura,
Su constancia, su firmeza,
Y sabes, cuál yo, que nunca
De un déspota las infamias
Ni las bajezas adula.

CELESTINA

Mas no está en Méjico.

SOTELO

Es cierto ;

Pero vendrá con presura,
Que ya le escribí una carta
Y se la he mandado oculta.
Le digo en ella que luego
Á mi llamamiento acuda ;
Y lo hará, seguro estoy :
Caminará con premura
Á socorrer á su amigo,
Presa del dolor y angustia.
Desde la infancia más tierna,
Ante las aras augustas,
Juramos amor eterno,
Juramos defensa mutua.
Si á un afrentoso cadalso
Me arrastrara la fortuna,
Diego volará á vengarme
Y pereciera en la lucha.
Mas tú lloras, Celestina,
El dolor tu faz anubla :
¿ Por qué desolada entregas
El alma á las penas duras ?

CELESTINA

¡ Ah ! sólo hallaré reposo
Bajando á la sepultura...
Huyamos, Sotelo mio ;
Mis penas, mis ansias juntas
El corazón me comprimen
Y despedazan con furia.
Este país malhadado
Entre la quietud nocturna
Dejemos, dejemos pronto,
Y no regresemos nunca.
Una vida de tormentos

Mi fantasía me anuncia,
Y veo que la desgracia
Ya se aproxima iracunda.
Desde su solio esplendente
Cuida Dios á su criatura :
Él, que es sabio y justiciero,
Vengará nuestras injurias.

SOTELO

¿ Y en tanto, prófugo y triste,
Llena el alma de pavora,
De mi esposa acompañado
Iré por extraña ruta,
Entre cansancio y fatiga,
Y entre la pobreza ruda,
Á buscar tétrico asilo
En negra, escabrosa gruta ?

(Aparecen los conjurados ; Núñez cierra la puerta del fondo.)

¿ Y en tanto al déspota fiero
Alzando la faz sañuda
Y oprimiendo al Méjicano,
Veré que bárbaro triunfa ?
No, jamas. Si á los perversos,
Que de la virtud se burlan
Y oprimen á la inocencia,
Dios indignado derrumba ;
Si halla recompensa el justo
Allá del cielo en la altura,
Y entre ángeles relucientes
Un puesto por fin ocupa ;
Tambien el hombre en la tierra,
Con diestra firme y robusta
Debe, contra los tiranos,
Alzar la espada desnuda,
Y hacer brotar de sus venas
La sangre negra y corrupta.
— Pero ya nuestros amigos
Impacientes me circundan,

Y estoy mirando en sus rostros
Deseos de entrar en pugna.
— Vete, Celestina mia,
Nada temas.

CELESTINA

Dadme ayuda,
Dios eterno y poderoso,
Para sufrir tanta angustia.
(Vase por la puerta de la izquierda.)

V

SOTELO, NUÑEZ, DON PEDRO DE QUESADA, DON
BALTASAR DE QUESADA, DON FERNANDO DE
BOCANEGRA Y CONJURADOS.

SOTELO

¡ Amigos !

Todos saludan á Sotelo : éste se sienta, invitando á los demás á hacerlo.)

— La hora llegó de la prueba:

Armas de fuerza, constancia y valor.
De Méjico débil seremos columnas,
En sangre bañado perezca Muñoz.
Cubiertos de espanto miramos encierros
Do nuncan penetran los rayos del sol :
En ellos gimiendo la víctima triste
Espira entre angustias y amargo dolor.
Y vemos do quiera cadalsos horribos,
Cobardes verdugos de rostro feroz.
Las calles y plazas regadas de sangre,
Familias cubiertas de luto y pavor.
Y en tanto en un trono, cuál fiero monarca,
Se sienta orgulloso el déspota atroz,
Cercado de guardias, de viles esclavos,

De fausto y grandeza, de régio esplendor.
¿ Irémos rendidos, los ojos en tierra,
Latiendo alarmado el vil corazon,
Á hincar la rodilla delante del trono,
Con rostro amarillo de miedo y terror?
Jamás tal bajeza permitan los cielos.
En vez de abatidos pedirle perdon,
Su pecho destroce la espada buida :
¡ Muramos ! empero morir con honor.

PEDRO

Valiente Sotelo, tu voz poderosa
Infunde en mis venas volcánico ardor ;
Estoy impaciente de entrar en combate :
¡ Entremos ! ¡ ¡ entremos ! delante iré yo.
Cubierta de canas mi frente rugosa
Mirais, mis amigos ; mas tengo valor ;
Aun fuerzas conserva la trémula mano,
Aun late sañudo mi fiel corazon.
Más quiero teñidas de sangre mis canas,
Más quiero en cadalso morir al rigor
De ruda cuchilla, que una alma cubierta
De vileza infame, de feo baldon.

SOTELO

Ilustre Quesada, anciano valiente,
Que tiene de un jóven el fuego y vigor,
Seréis el caudillo : jamás hallarémos
Un hombre más firme, más digno que vos.

PEDRO

Á tí pertenece, Sotelo, ese cargo,
Como á tí, á ninguno Muñoz agravió ;
Tú tienes derecho de ser el que mande.
(*Á los conjurados.*)

— ¡ Sotelo es el jefe !

TODOS

(*ménos Sotelo y D. Pedro de Quesada.*)

¡ Que sea !...

(*Silencio.*)